

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

#### PRIMERA CONSIDERACION.—Misión de María en el tiempo.

SUBDIVISIONES.—1. La antigua Eva en el Paraíso terrenal.—2. La moderna Eva en el Calvario.

#### SEGUNDA CONSIDERACION.—Carácter de esta misión.

SUBDIVISIONES.—1. La gracia la dispone para su misión.—2. La prueba muestra su fidelidad en cumplirla.—3. El sacrificio la consuma.

*Ipsa conteret caput tuum.*  
Ella misma quebrantará tu cabeza.

(GÉN. III, 13.)

CUANDO ayer os hablé, A. H. M., del misterio de la predestinación de la Santísima Virgen, me propuse hablar, como sabéis, del lugar que la augusta María ocupó desde la eternidad en la mente de Dios y del excelso rango que el Hacedor supremo la señaló en la gerarquía de los seres creados. Después de haber indicado la predestinación de María en la eternidad, corresponde que os exponga hoy su misión en el tiempo. Confío en que las consideraciones que voy á proponeros, presentándoos á la Santísima Virgen bajo un punto de vista más cercano á nosotros, y por consiguiente más práctico, os la descubran con rasgos no menos importantes, pero mucho más agradables y afectuosos.

Considerar la misión de María en el tiempo, H. M., es como echar una rápida mirada al conjunto de gracias, de virtudes, de dolores y de sacrificios que distinguieron la vida de la Virgen. La instrucción, pues, que vais á oírme es, en consecuencia, una especie de programa compendiado de todas las instrucciones que pienso dirigiros.

AVE MARÍA.

### PRIMERA CONSIDERACION.

#### MISIÓN DE MARÍA EN EL TIEMPO.

La humanidad, H. M., compone como una gran familia, que viene llenando, á través de las edades, su misterioso destino, bajo la dirección y auxilios de la Divina Providencia. La familia humana, cuando se mira bajo un solo golpe de vista el conjunto de sus desti-

nos, se nos presenta en tres condiciones diferentes que corresponden á su origen, á sus progresos y á su fin. Vémosla al principio en el Paraíso terrenal, colocada por Dios en un estado dichoso, en el momento de la creación, rica de todos los dones de la gracia y de todas las ventajas de la naturaleza. Luégo aparece desterrada á este valle de dolores, dominada desde lejos por el monte Calvario, por el monte sangriento de las expiaciones, donde se ofrece un sacrificio de infinito precio, y á donde acuden á presenciarlo de rodillas todos los miembros de la familia humana, postrándose por turno, con la congoja del arrepentimiento y de la contrición. A lo último, vemos el Cielo que se abre delante de la humanidad, mostrando el seno del mismo Dios, en que se ha de cumplir la última fase de sus destinos en la eterna gloria.

La humanidad, caída por el pecado, rescatada por el sacrificio y transfigurada en la bienaventuranza eterna; el Paraíso, el Calvario y el Cielo son, H. M., los tres términos de la existencia y condición del género humano.

Si examinamos la humanidad desde el principio en el Paraíso terrenal, no descubrimos más que tristes caídas, en razón á que las delicias que nuestros primeros padres disfrutaron por algunos días desaparecen en el recuerdo de la espantosa catástrofe que siguió á su desobediencia; catástrofe de cuyas resultas, caído el primer hombre de la magnífica situación en que Dios le colocara, y despojado de los dones de la gracia, no tuvo en adelante que transmitir á su malaventurada posteridad más que un patrimonio de dolores, de miseria, de enfermedades y de muerte.

Es necesario, H. M., insistir en aquella primera caída. Cualquiera, dice San Agustín, que desee conocer cumplidamente la Religión, debe considerar dos solas épocas en el curso de los siglos, á saber: el Paraíso y el Calvario; la época de la caída y de la redención. Tiene que conocer dos hombres: el primer Adán desterrado del Paraíso, y el nuevo Adán sacrificado en el Calvario. Tiene que conocer dos mujeres: Eva y María. De aquí es que la caída de la primera mujer es para nosotros, no solamente la clave de los principales misterios de la Religión, sinó también, y sobre todo, en lo que nos concierne, la explicación de los destinos misteriosos de María.

Contemplad, pues, H. M., á aquella familia primitiva, origen de nuestra existencia y de nuestra desgracia. Observadla junto al árbol de la ciencia del bien y del mal, y veréis al primer hombre arrastrado por una funesta complacencia, y á la primera mujer embriagada por el fatal orgullo de saborear á su placer el fruto prohibido que el adversario de la raza humana le presenta con la mentida promesa de un renacimiento divino, de una elevación que la igualaría con Dios. La mujer debe llamar especialmente nuestra atención, á causa de que, si tuvo la mayor y principal parte en la caída del género humano, la ha tenido también, como vais á ver, mucho más grande en su redención.

La primera Eva, en los tres estados que pueden caracterizar la vida de la mujer, viene á personificar todos los cambios y todos los castigos. Virgen, Esposa y Madre, cava á los pies de la humanidad el abismo en que cayó. Siendo virgen, en vez de rechazar con santo horror los pérfidos consejos de desobediencia que le da el demonio, de parte mano á mano con él, concediéndole una funesta confianza, de manera, que al recordar la prohibición de Dios, únicamente la cita bajo la forma de vacilación y duda. Dudar á la vista del tentador, hacer memoria de la prohibición, teniendo imprudentemente fijos los ojos en el fruto prohibido, es como acordarse de ella para quebrantarla; es empeñarse en pasar de la duda á la flaqueza, y de la flaqueza á la caída. Eva, pues, debía sucumbir y sucumbió. Como esposa, no emplea su influjo sobre el marido sinó para asociarlo á su desobediencia y luego á su desgracia. Más adelante, Eva da al mundo hijos marcados con la maldición, poniendo al género humano en un camino sembrado de escollos que termina en un abismo. Observad todavía á la primera mujer de pie frente al árbol de la ciencia del bien y del mal, entre el demonio que procura perderla con sus pérfidas insinuaciones, y el hombre á quien ella pierde con sus persuasivas instancias; en pie, ebria de presunción y de orgullo: en pie, desafiando al Cielo, á la justicia de Dios, y sacrificando los bienes presentes y los futuros á la satisfacción de la más funesta vanidad. Tal es, H. M., la mujer, cuando indócil y rebelde á Dios, se extasia ante las seducciones de la tierra, buscando la dicha en la independenciam. En estas condiciones será siempre la mujer lo que fué la primera: el principio de las caídas de la humanidad y causa de su ruína.

Separémonos, A. H. M., del Paraíso terrenal, cubierto ya con un ancho velo de luto, y cerrado en adelante al hombre, teniendo su puerta defendida por la espada del Querubín, y atravesando siglos, recorramos la distancia de cuatro mil años. Hemos llegado á la cima del Calvario. ¡Gran Dios! También aquí encuentro á la familia humana; también descubro en lo alto del sagrado monte á la humanidad; pero ¡en cuán diferente estado! ¿Qué misterio de expiación es éste? ¿Por qué ese doloroso quebranto? ¿Para qué este cruel sacrificio? A través de las tinieblas que envuelven al mundo, al resplandor siniestro que brilla en la naturaleza desconsolada, distingo un árbol plantado en la cúspide del Gólgota, y junto á este nuevo árbol percibo también una Mujer en pie, en actitud de valerosa resignación. Sí, una Mujer veo en pie, y en sus facciones no sé qué indefinible combinación de dolor y de fortaleza. Detiene en mí la vista, y con un silencio mil veces más elocuente que lo sería la palabra, parece decirme: Contempla en ese árbol de dolores, en ese árbol de la crucifixión, al Dios por quien todo fué hecho. Mira cómo busca en la pena y en el amor la verdad y la vida que se perdió en el Paraíso terrenal por una triste desobediencia. Observa cómo va entrando poco á poco en las agonías de la muerte; cómo sondea todas sus profundidades; cómo recorre todos sus abismos, á fin de arrancarla la vida y la gracia que nos arre-

bató el pecado del primer hombre. Contempla ese terrible duelo entre Dios y el demonio, entre el Cielo y el infierno, entre la inocencia y el pecado; y cómo un Dios se halla en la necesidad de padecer y de sacrificarse para ejecutar, por medio del sacrificio y la expiación, lo que se había realizado entre delicias en el Paraíso terrenal por medio de la obediencia, de la fidelidad y de la unión eterna del hombre con su Dios. Yo soy quien ofrezco ese sacrificio; yo quien ha inmolado sobre el altar la víctima; yo quien cargué sobre sus hombros el pesado madero que sirve de ara; yo quien le ha seguido en la muerte, como le seguí en la vida: porque ¡la víctima es mi Hijo! Pero si mi corazón maternal está traspasado con la espada del dolor; si un océano de desconsuelo cubre mi alma; si he agotado hasta las heces el cáliz de amarguras rebosando hiel y ajenjo; si no hay, en una palabra, dolor en el mundo semejante á mi dolor, no por eso me ha faltado resolución y energía, porque El me ha dado ánimo, me fortalece y me sostiene; El lo ha hecho así porque es Hijo mío y es mi Dios al mismo tiempo.

Aquí está la misión de María: Ved la mujer nueva de pie junto á á la Cruz, como la mujer de los primeros tiempos estaba igualmente al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal. Ved el Calvario y el Paraíso, los dos extremos, como dice San Ambrosio, de todas las cosas humanas: en el Paraíso terrenal los goces, en el Calvario el dolor; allí el egoísmo, aquí la caridad. Por cuanto el hombre había renunciado su título de pontífice de Dios, y renegado de su obediencia y fidelidad propias de su sacerdocio, necesitábase que un sacerdote y una víctima, tomados en el orden de la eternidad, viniesen á reparar el desorden operado por el hombre en el tiempo. Eso ha hecho Jesucristo siendo en el Calvario víctima y sacerdote. Eso ha hecho también María, siendo en el Calvario sacerdote y víctima como su Hijo. No es otro el rasgo principal de su misión en el tiempo. Sacerdote del sacrificio de la expiación es María, ofreciendo este sacrificio; y también es víctima, uniendo sus dolores á los dolores de su Hijo. Encerremos en pocas palabras la misión de María: vino al mundo para ser Madre de Dios, y en consecuencia, para ofrecer su Hijo en holocausto por la salvación de la humanidad.

Hé aquí por qué los Padres de la Iglesia, dando á María un título que no conviene rigurosamente más que á N. S. J. C., considerado como Redentor, han llamado á la Santísima Virgen Corredentora de los hombres.

## SEGUNDA CONSIDERACION.

## CARACTERES DE ESTA MISIÓN.

Examinemos ahora, H. M., en algunos de sus pormenores, los principales caracteres de esta misión.

Cualesquiera seáis, cualesquiera seamos, cualesquiera sean todos los individuos de la sociedad en sus diversas categorías, desde la más elevada hasta la más humilde, desde la más brillante hasta la más oscura, todos hemos venido al mundo para cumplir la misión especial que Dios nos ha encargado, y que debemos llenar por deber, con la virtud, con el dolor y el sacrificio; misión á que está ligada ordinariamente, no sólo nuestra salvación, sino la de gran número de personas. Nadie hay en el mundo, H. M., ninguna criatura humana existe sobre la tierra, á quien no puedan aplicarse aquellas formidables palabras que el santo viejo Simeon pronunció hablando de Dios niño: «Este ha sido criado para salud ó ruina de muchos.» Cuando uno se pierde, nunca se pierde solo; así como cuando se salva, nunca se salva solo. Quien quiera que seamos, vuelvo á decir, tenemos una misión que llenar, de la cual depende nuestra salvación y la salvación de aquellos con quienes estamos relacionados, y respecto de los que Dios destinó á grandes hechos sociales, la salvación tal vez de la patria y de la sociedad.

Toda misión, H. M., por humilde ó gloriosa que la supongáis, se compone de tres términos diferentes: la gracia, la prueba y el sacrificio. La gracia nos dispone á cumplirla bien; la prueba en que Dios nos coloca descubre nuestra esforzada fidelidad, ó nuestra cobarde desobediencia; el sacrificio, ora hayamos sido fieles, ora desobedientes, el sacrificio, repito, el dolor, la muerte, es lo que siempre nos aguarda como último término de nuestra misión; porque no hay persona acá bajo que, de grado ó por fuerza, no tenga que subir la cuesta de su Calvario con la cruz á cuevas hasta llegar á la cima para inmortalarse allí á ejemplo de Jesucristo.

La gracia prepara nuestra misión. Esta es la causa, H. M., de que los primeros años de la vida sean todos de gracias, de luz, de inocencia, de pureza, de virtud y de bienestar. La mañana de la vida, ha dicho un grande escritor, es pura como la mañana del día, llena de encantos, de gracias y de armonía. ¡Oh mañana de la vida! ¡Oh primeros años de la infancia y de la juventud! ¡Qué recuerdos tan deliciosos dejáis en nuestro corazón! ¡Fragantes aromas de los días pasados, ninguno de nosotros deja de buscar vuestra última huella en su alma! Decía, H. M., que los primeros años de la vida son años de gracia, durante los cuales nos llena Dios de beneficios, y nos enriquece de favores. Más tarde, llegan los días de prueba, y por último los

días del sacrificio. Tal es el destino de toda criatura en el mundo, y el de todo el género humano. Tal es el destino de María.

Nada os diré del cúmulo de gracias con que Dios enriqueció á la Santísima Virgen, contentándome con citar una frase de un Santo Padre de la Iglesia: «Jamás se ha visto en un grado más eminente y maravilloso el concierto de la gracia, y de la criatura que la fecundiza con su cooperación, que el que se vió en María. La gracia la llenó de todos sus dones; pero también la Santísima Virgen correspondió á ella con la más esforzada fidelidad. Por eso se mostró fuerte en la prueba.»

¡Prueba! ¡Oh! ¿Quién de nosotros deja de atravesar ese terrible período? ¿Quién de nosotros no ha tenido que pasar por los peligrosos dolores de la iniciación? Ya sabéis cuál fué la prueba á que fué sometida la primera mujer, de la cual hace poco os hablaba. Eva sucumbió á la tentación de igualarse á Dios, por un sentimiento de presunción y orgullo. Habíala dicho Dios, atended á esto, H. M.; había dicho Dios á Eva: «Si coméis del fruto de este árbol, moriréis.» La mujer repitió esta orden en los términos siguientes: Dios nos ha prohibido comer del fruto de este árbol, no sea que muramos. El demonio, á su vez, dijo: Si coméis del fruto de este árbol, de ningún modo moriréis. Dios afirma, la mujer duda, el demonio niega. Notad, H. M., que el que duda y vacila, se acerca más al que niega, que al que afirma. La mujer abandona á Dios para abrazar los consejos del demonio, y sucumbe; de aquí la caída con todas sus consecuencias. Veamos ahora á María en la prueba. Un ángel baja del Cielo, (también llamo vuestra atención sobre esta circunstancia, recordándoos que el ángel del Paraíso terrenal, el ángel tentador, había salido del infierno); un ángel, digo, baja del Cielo, y anuncia á la Virgen que sería Madre de Dios; y María, en los primeros instantes en que pudo tomar estas palabras como de tentación, no duda bajo ningún concepto: contesta terminantemente que «no», sin vacilar. El ángel replica entonces que viene de parte de Dios, y que es necesario cumplir su voluntad. Conociendo la voluntad de Dios María, tampoco duda, sino que responde: «Su sierva soy; esclava soy del Señor.» De este modo, sea que Dios la llame, sea que la llamen de otro lado, María no se atiende sino á sólo su deber, á la obediencia, á la humildad, á la virtud. No fluctúa, no vacila un solo instante; obedece, cree y se somete: «Soy esclava del Señor.»

Ahora bien, H. M.; ved aquí la prueba que sufrimos durante nuestra vida. Estamos constantemente colocados entre la palabra que afirma y manda, y la tentación que duda y niega. En nuestra vacilación, y en nuestra debilidad, con sobrada frecuencia nos dejamos llevar de la palabra de la tentación. Nos hallamos entre la religión que manda, y el mundo que atrae; entre la Iglesia que prueba, y la incredulidad que blasfema; y nosotros débiles, cobardes, inseguros, nos dejamos llevar, cerrando los ojos, de la palabra que tienta. En el fondo de nosotros mismos sentimos esas dos voces: la voz que afirma, que

no es otra que la de la conciencia alumbrada por Dios, y la voz que niega, que es la de las pasiones, la de los malos instintos. Nosotros vacilantes, marchamos de la fluctuación á la duda, y de aquí muchas veces á la flaqueza, cayendo por último en la perdición. María no dió lugar á este resultado, porque no lo dió á la duda, respondiendo inmediatamente: Soy la esclava del Señor. ¿Y nosotros? Dios nos llama, y dudamos; el mundo y el demonio nos atraen, y también dudamos. María contestó resueltamente: Lo que me dices no puede ser.

Ved aquí, H. M., la fortaleza, el valor, y la fidelidad en la prueba. No necesito añadir más.

El último término de toda misión es el sacrificio. Todos, repito, tenemos que ofrecer un día nuestro sacrificio. Púedese comparar la vida á un solo día, puro y sereno por la mañana, nublado y tempestuoso al mediodía, y profundamente oscuro ó incomparablemente sereno por la tarde. Lo mismo sucede en la vida: la mañana está consagrada por la gracia; la edad madura tiene pruebas tempestuosas al mediodía; y el aspecto de la tarde pende de nuestro valor ó cobardía en la prueba de nuestra obediencia ó de nuestro orgullo. Pero siempre la tarde es la hora del sacrificio. Este sacrificio principia con el dolor, y acaba con la muerte. María ofreció este doloroso sacrificio, que consistió en lo que voy á deciros con toda claridad. Siendo Madre de Dios, debía ofrecer á su Hijo, objeto de su amor y en quien había colocado toda su maternal complacencia. Siendo Madre de Dios, tenía que ser Madre de los hombres, sacrificando á su querido Hijo en la cima del Calvario. No había remedio, H. M.: Dios que se había asociado á María en su paternidad respecto á su divino Hijo, concediéndola el privilegio de darle vida en el tiempo, al modo que él se la había dado en la eternidad, quería asociarse también á María en su paternidad de adopción. Era necesario, por consiguiente, que María Santísima se asociara al amor del Altísimo; y como este amor del Altísimo había sido bastante generoso para sacrificar al Hijo único, era necesario que María tuviera el valor de sacrificarlo también. Esta consideración me pone en el caso de decir, que lo que en las demás madres constituye el gozo, la satisfacción, la complacencia y la felicidad, era cabalmente lo que causaba el más cruel de sus dolores, puesto que en el divino Infante, en el hijo tan querido veía continuamente la víctima que iba creciendo para el sacrificio. Cada uno de sus recuerdos, de sus palabras, de sus inocentes caricias, despertaban en el corazón de María el pensamiento de aquel formidable suplicio que debía arrebatarse un día de su lado, haciéndola sentir la helada punta del cuchillo de que le había hablado el santo anciano Simeón el día de su presentación en el templo.

¡Ay, A. H. M.!: representaos á esta tiernísima y desconsolada madre, en los primeros años de la infancia de Jesús, demandando al Padre Eterno valor y fuerza para sacrificarle un día al Hijo de sus entrañas! ¡Oh! ¡Qué de dolorosos insomnios, qué de angustias, qué de cuidados no atormentarían á la tierna madre! Paréceme ver á María,

durante la noche, arrodillada frecuentemente junto á la cuna de su divino Hijo, mientras que el niño dormía el tranquilo sueño de la primera edad; paréceme, digo, que estoy escuchando sus exclamaciones de triste plegaria: Angeles, diría, que veláis en derredor del lecho del niño Dios, subid á la próxima colina, cortad el cedro, el olivo y el ciprés de que un día ha de ser fabricada la cruz, para donde ha de ser sacrificado. Tejedle la corona de espinas que crecen en las orillas del Cedrón. Segad la caña que se doblega al viento, y colocad sobre esta cuna el lúgubre signo de la soberanía del dolor. ¡Y vos, amado Hijo de mis entrañas, oh Niño, cuyas voces escucho, cuyas lágrimas veo correr; oh tierna víctima, creced para el sacrificio que os aguarda....! ¡Es preciso! Preciso es, oh bellísima cabeza, que te hagas bastante fuerte para resistir las punzadas de la corona que un día ha de atormentarte. Preciso es, oh delicados miembros, que crezcáis, y os hagáis robustos, no sea que el clavo y el martillo os destrocen al primer golpe. Preciso es, oh generoso pecho, que te dilates, dejando espacio competente para que el acerado hierro de la lanza te rompa y atraviese. Preciso es que os fortalezcáis, hermosos ojos míos, cerrados ahora por el dulce sueño de la niñez, para que vuestra mirada poderosa calme los vientos desencadenados, disipe la tempestad deshecha, ya que un día ¡ay! volveréis á cerraros bajo la presión de los fríos dedos de la muerte.

Así, H. M., oraba María, junto al lecho de su Hijo. Su vida no fué otra cosa que un martirio prolongado, que un interminable padecer, bebiendo la amargura á largos sorbos en el cáliz de la expiación. No de otro modo aquella mujer que se alimentaba de lágrimas, que vivía de amarguras, pudo fortalecerse para mostrar valor en el monte del sacrificio, el día en que tuvo que ofrecerlo en expiación sangrienta por los pecados del mundo. Ved, H. M., á la amotinada muchedumbre llevar como arrastrando al Hijo de María, en medio de ultrajes y de insultos. Ved cómo se levanta la cruz en la cima del ensangrentado monte, y cómo la víctima es enclavada en ella, sufriendo nuevas llagas, elevándose, por fin, entre la tierra y el cielo. Escuchad las blasfemias y maldiciones que se dejan oír; observad cómo el sol se eclipsa ocultando su esplendor, y cómo la tierra oscila, y las rocas se hienden y los sepulcros se abren en medio de la desolación... Sólo María permanece fuerte, valerosa, inmóvil y de pie. *Stabat Mater*. Túrbase la naturaleza, todo se trastorna, la multitud de espectadores se dispersa tumultuosamente, mientras que María se mantiene en pie. *Stabat*. María, animosa y fuerte en la resignación, padece mucho, pero sin quejarse; sin quejarse, notadlo bien, A. M., porque si se quejara, principiaría á consolarse, y la Santísima Virgen no admite género alguno de consuelo; María es fuerte en su dolor, como resignada en el esfuerzo. La misma Víctima, la Víctima divina y santa parece como que por un momento va á ceder á las angustias de la desconfianza, parece revolverse excitada por los tormentos de la agonía, cuando deja oír esta suprema queja: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me habéis

desamparado?» Solamente María aparece tranquila y en pié: *Stabat*, Animososa, aunque con el corazón desgarrado, levantando las manos al cielo, pero con sereno rostro; con el alma sumergida en un océano de desconsuelo, pero no anegada por las olas de la tribulación que la oprime, permanece en pié: *Stabat*.

Sigámosla ahora desde el Calvario al sepulcro, del sepulcro al cenáculo, del cenáculo á su retiro, desde el retiro á su lecho de muerte; sigámosla, y la veremos en todas partes humilde, modesta, valerosa, callada, resignada, cumpliendo hasta el fin, con una serenidad constante, su alta misión. En todos los estados en que se ha visto de Virgen, Esposa y Madre, observaréis la personificación viviente de todas las gracias, de todas las virtudes, de todos los sacrificios. Cuando Virgen, la veréis retirarse á la sombra del Templo del Señor, vivir en la oscuridad, en el silencio, en el trabajo, apartada de las sendas impuras de la tierra, y teniendo su conversación sólo en los Cielos. Cuando esposa, la veréis elevarse á esta eminente dignidad por la más generosa abnegación. Cuando madre, Madre de Jesucristo y de los hombres, la veréis sacrificar su vida, su Hijo y todos sus afectos con el más doloroso de todos los sacrificios.

Tal fué, A. M., el destino de María. No quiero alargar más esta instrucción; mas permitidme deducir algunas consecuencias prácticas de las verdades que acabo de exponer, aunque rápida é incompletamente, á fin de que podáis aplicar á vosotros mismos lo que yo no he hecho sinó indicar de paso.

La hora de la prueba se reproduce frecuentemente en nosotros, desde que la gracia rodeó nuestra cuna. No habiendo, H. M., tenido como María el privilegio de una concepción inmaculada, y sí, por el contrario, venido al mundo manchados con el pecado original, fuimos reengendrados en el Bautismo, gozando en el seno de la Iglesia de una concepción purísima. Lo mismo que á María, se nos mantuvo con la misma sustancia de la verdad; fuimos conducidos como María al templo, por decirlo así, desde los tiernos años, para recibir nuestra educación á la sombra del tabernáculo del Altísimo; se nos alimenta con el pan de vida, comunicándonos el mismo Jesucristo nuestro Señor. Bajo este concepto hemos tenido privilegios iguales á los de María, y las mismas gracias que distinguieron la primera parte de la vida de la Santísima Virgen. Tened presente, A. H., que no es mía esta doctrina, sinó de un Santo Padre de la Iglesia. Tenemos las mismas pruebas, los mismos deberes, según las condiciones de cada uno; pues bien, seamos fuertes y animosos en la prueba y no vacilemos nunca. Sólo una duda es permitida aquí bajo, porque nos acerca á Dios: y es aquella de que nacen el temor y la inquietud, por donde empiezan la sabiduría y la modesta confianza. Permitidme que os cite un ejemplo. El Evangelio nos habla de una pobre mujer que se había mezclado con la multitud que seguía á Jesucristo para escuchar con santa avidez su divina palabra. Esta mujer, que se hallaba molestada hacía mucho tiempo de una incómoda y peligrosa enfermedad, encon-

tróse de repente en una ansiedad grande. Las oleadas de la gente la empujaban de manera que no podía acercarse al Salvador, si bien es cierto que por un sentimiento de respetuoso temor tampoco ella se atrevía á llegar muy cerca de él. En esto notó que unos afirmaban y otros negaban, viéndose, cuando menos presumía, en la hora de la prueba, como nos sucede á todos cuando oímos que de una parte se afirma positivamente, y de otra se niega con atrevimiento. Era, pues, una hora de tentación para la mujer de quien hablamos, aquella en que oía asegurar á unos que Jesús era hijo de David y el Mesías esperado, mientras otros negaban, diciendo que Jesús era cómplice de Satanás, y por lo mismo que, si obraba milagros, no lo debía á otra virtud que á la propia de un agente del demonio. La mujer, aunque llevada acá y allá por los que bendecían y por los que maldecían, puesta entre la afirmación y la negación, entre la fe y la incredulidad, de ningún modo dudaba respecto al juicio que debía formar de Jesús. Toda su perplejidad nacía de la confianza y del deseo. Decía entre sí: Si yo pudiera acercarme bastante á él, y tocar solamente la orla de su vestido, indudablemente quedaría sana. En medio del temor se sintió dominada de improviso por la confianza, y aproximándose á Jesucristo, toca la orilla inferior de su ropa. Párase el Señor, y dirigiéndose á sus discípulos les dice: «Alguno me ha tocado.»—¡Alguno decís, Maestro! ¿Qué tiene de extraño que os toquen, no uno, sinó muchos, apiñada como está en derredor vuestro la muchedumbre?—No me entendéis: vuelvo á decir que alguno me ha tocado.

Lo que el Salvador quería significar era que alguno le había tocado con fe, con honda convicción, y después de vencer las resistencias que se le oponían para aproximarse á Jesús. La pobre mujer temblando, decía: Yo fuí, Señor, la que tuve la temeridad de tocar vuestro manto; pero, Dios mío, lo hice con confianza, creyendo curaría de la dolencia que padezco. El Divino Salvador entonces, dirigiéndola una tiernísima mirada, contestó: «Id; estáis ya sana; vuestra fe os ha devuelto la salud.»

En conclusión. Contra la negación atrevida, contra la tentación seductora, contra la duda engañosa, levantemos la voz sin miedo. Acordémonos de que la fe es la que ha de salvarnos, y por lo mismo de que jamás hemos de dudar. No vacilemos, nó; mantengámonos firmes durante la prueba: en esto está para nosotros el secreto de ser fuertes en el dolor y heróicos en el sacrificio. Así es cómo después de haber imitado la virtud de María en el cumplimiento de su misión en la tierra, tendremos la dicha de participar de su gloria en el Cielo.

BRUNET.